

Las redes de la razón

FIGURAS REVISTA ACADÉMICA DE INVESTIGACIÓN

ISSN 2683-2917

Vol. 2, núm. 2, marzo-junio 2021

<https://doi.org/10.22201/fesa.figuras.2021.2.2>



Esta obra está bajo una licencia
Creative Commons Atribución-NoComercial-
CompartirIgual 4.0 Internacional

The Webs of Reason

<https://doi.org/10.22201/fesa.figuras.2021.2.2.150>

Elik G. Troconis

La escritura es un proceso de convencimiento propio. A través de ella, la razón del autor tiende frente a su alma los principios mediante los cuales quisiera que se guiara.

“¿Qué pensará Montaigne sobre la muerte?”, me pregunto de súbito y me dirijo hacia el librero sin pensarlo. Intento recordar si lo tengo en la sección de literatura o en la de humanidades. Muevo el índice sobre varios lomos de novelas, cuentos y poemas an-

tes de encontrarlo. Comienzo a hojear el libro en busca del índice.

Leí los *Ensayos* hace tiempo, en una clase de la maestría, con el único propósito de entender qué era eso de ensayar, cómo había nacido esa arte, qué proponía, dónde estaban sus límites, cómo era distinta de un tratado y hasta de una ficción. Los leí, pues, para estudiar el género. Ahora es diferente, ahora me interesan sus temas. Pienso que alguien como Montaigne no pudo pasar de largo ante un tema como la muerte. ¿Habrá algún autor que no haya escrito sobre ello?

Y es que la sensación ha vuelto a mí: el miedo a la muerte, al simple acto de pensarla. Lo llevo dentro desde que tengo memoria y me visita constantemente;

Imagen superior: Copia de una página del *Ejemplar de Burdeos* de 1588, la segunda edición de los *Ensayos* con las correcciones, anotaciones y adiciones de Michel de Montaigne para la tercera (última) edición. Fuente: Wikimedia.

aunque a veces se ausenta por semanas, también hay días en que se convierte en una presencia *non grata* que amenaza con quedarse una larga temporada. Cuando arremete, me sucede lo que a una mariposa que vuela confiada hasta que se golpea contra un cristal, y al instante da la vuelta y se aleja, asustada a pesar de no haber siquiera entendido qué había ahí. Pero al tiempo se abandona de nuevo a la ilusión y ¡oh, pobre Sísifo!

Acudo, pues, a la literatura para calmar mi miedo; acudo a ella en busca de alguna reflexión que pueda darme coraje para enfrentar esa sensación de vacío en las tripas. Comienzo a recorrer el índice. La tristeza, la ociosidad, los mentirosos, los pronósticos, la constancia... ¿Dónde hallar la muerte? ¿No es causa de tristeza? ¿No es un mal pronóstico? El castigo a la cobardía. Ahí podría haber una sentencia para mí. Finalmente encuentro: “De cómo filosofar es aprender a morir”.

Abandonamos esta vida con la misma naturalidad con la que llegamos a ella. Hemos de vivir la vida y de aprender a morir para desalojar este mundo con tranquilidad.

Al igual que en otros asuntos, Montaigne piensa como los estoicos. Conviene entender que la muerte no es una pérdida. Abandonamos esta vida con la misma naturalidad con la que llegamos a ella. Hemos de vivir la vida y de aprender a morir para desalojar este mundo con tranquilidad, sin aferrarnos a él por temor a haber despilfarrado nuestros años en asuntos banales. La muerte, en fin, es natural y, así como no merece la pena preocuparse durante años por lo que ha de acontecer apenas en un instante, así debemos alzar el alma hasta prepararla para la muerte. Somos nosotros quienes hemos dado a la contracara de la vi-

da un semblante terrorífico, que no tiene en realidad; nada que sea natural puede ser terrible.

Mi mente sigue los razonamientos, el hilado lógico de las ideas que llevan a una conclusión inevitable, casi silogística, que no se puede refutar. “Es cierto”, pienso moviendo con gravedad la cabeza de arriba hacia abajo, y acepto la invitación de Montaigne a no evitar pensar en la muerte, a manosearla hasta familiarizarme con ella. Pero regreso las páginas y clavo la mirada en dos pasajes que me extrañaron hace unos segundos. “¿Qué importa cuándo será, puesto que es inevitable?”, cuestiona el francés. Y yo me pregunto si en verdad sentía tanta indiferencia. Sí: sí la sentía. No me cabe duda de que pensaba lo que escribió, pero, ¿lo sentía?



¿Qué importa cuándo será,
puesto que es inevitable?”

MONTAIGNE

Paso el papel con velocidad. “Y si habéis vivido un día, habéis visto todo. Un día es igual a otro. No hay otra luz ni otra oscuridad. Este sol, esta luna, estas estrellas, este orden, es el mismo que aquel del que gozaron nuestros bisabuelos y el mismo que mantendrá a vuestros bisnietos.” Lo entendí, sí, y sé que él sigue a otros filósofos clásicos en esto: vive lo mismo el que ha vivido tres años que el que ha vivido cien, pues uno y otro han visto todo. ¿Pero de verdad Montaigne no siente que extrañará ese sol que ha visto cada mañana cuando llegue la postrera? ¿No experimenta ni siquiera una pizca de nostalgia al pensar en esa luna, la misma de siempre, sí, pero esa luna que durante años ha iluminado sus cavilaciones nocturnas? ¿No se pregunta qué será de su alma o qué quedará de ella cuando el cuerpo ya no responda? ¿No aflora en ningún momento el aprecio que le tiene?

Estas preguntas me llevan a otro libro. –Sí, evado de nuevo la idea de la muerte, la sustituyo con otra inquietud. Ahora acudo a la sección de humanidades e identifico rápidamente el volumen de las *Cartas a Lucilio*. No es casual terminar en Séneca después de haber leído a Montaigne. Sé que aquí también hay un pasaje en concreto que me hizo cuestionar algo parecido cuando lo leí.

Algo me hace pensar que Montaigne y Séneca estaban completamente convencidos de sus razonamientos y de sus conclusiones.

Pero, ¿qué diálogo se habrá desarrollado entre su razón y su alma?

Hojeo el volumen aprisa. Una de mis notas a lápiz me frena. El cordobés aconseja a Lucilio no extremar su aflicción por la muerte de su amigo Flaco. “Pero, ¿he de olvidar a mi amigo?”, cuestiona retóricamente Séneca y enseguida responde: “Le otorgas un recuerdo demasiado corto si no ha de durar más tiempo que las lágrimas. Es de esperar que el recuerdo sea más duradero que el dolor.” La muerte, dice Séneca, nos acecha a todos por igual y, siendo natural, debemos aceptarla no sólo en nuestra persona, sino también en nuestros allegados. “Si la fortuna te arrebató un amigo, ella misma te lo había dado. Apresurémonos a gozar a nuestros amigos, porque no sabemos el tiempo que durarán.” Es cierto. No pudo haberlo escrito con mejores palabras. Y esta reflexión tan pragmática parece lo mejor que podemos hacer: aprovechar lo que tenemos en el momento presente. Hasta ahí sigo a Séneca. Pero después el grafito de otra nota marca mi desacuerdo con determinado pasaje. “Hemos perdido un amigo; ¿no tenemos otros? [...] Si la tumba ha recibido en su seno al que queríamos, tratemos de encontrar otro a quien querer; es más razonable buscar

quien sustituya al muerto que llorarlo.” Me pregunto si yo seré el único que, llegado a estas líneas, protesta enérgicamente: “¡No! Las personas no se sustituyen. ¡No! Un amigo no es tan bueno como otro”. ¿En verdad se puede ser tan estoico? Aprendí de Epicteto que las cosas no son buenas ni malas; que el problema es la impresión que nos formamos de ellas. Le aprendí también que es locura acongojarse por lo que no depende de nuestro arbitrio. Pero permanecer inmutable ante la muerte de un amigo y creer que otro cualquiera puede reemplazarlo excede el estoicismo y raya en la sinrazón y, sobre todo, en la insensibilidad.

No me cabe duda de que Séneca pensaba esto, pero me cuestiono una vez más, como con Montaigne: ¿acaso lo sentía? Aunque Séneca sólo hace distinción entre el cuerpo y el alma, Marco Aurelio diferenciaba tres componentes: el cuerpo, el alma y la razón. Algo me hace pensar que la razón de Montaigne y la de Séneca pensaban lo que cada uno escribió; que esa facultad estaba completamente convencida de sus razonamientos y de sus conclusiones. Pero, ¿qué diálogo se habrá desarrollado entre su razón y su alma, si es que hubo alguno? Imagino el alma del primer ensayista sintiendo escalofríos, esos de los que él mismo da cuenta, mientras arrastraba la pluma sobre el papel. La razón guiaba la mano, pero el alma temblaba por dentro.

Leo unas líneas más de Séneca y me doy cuenta de que no estoy tan errado. “Yo, que te predico –sigue diciéndole a Lucilio–, lloré a Sereno con tan poca medida que bien puede contármeme, y lo siento, entre los que son vencidos por el dolor.” Ah, su reflexión y su enseñanza no provienen exclusivamente de filosofar, sino también de la experiencia. “Hoy condeno mi conducta; y reconozco ahora que mi tristeza provenía principalmente de que yo no había soñado jamás que él pudiera morir antes que yo. [...] Ahora ya sé que todo es mortal y que la mortalidad no tiene regla fija.” Me da la impresión de que, cuando Séneca le habla a

Lucilio, en realidad es la razón de Séneca hablándole a su propia alma. Y no se trata de una conversación casual, no: es un intento mayúsculo de persuadir. La Razón dice: “Alma mía, de nada sirve estancarse en el dolor, ya lo has comprobado. Todo en el universo está sujeto a la fortuna y, para procurar tu salud, debemos hacernos a la idea de que todo puede sucedernos. Así no sufrirás”.

Tal parece que la escritura –la escritura crítica en particular y la ensayística de forma aún más individual– es un proceso de convencimiento propio.

Sí, sí. Es lo mismo que Montaigne, que se escribe a sí mismo y al hacerlo intenta aplacar los sentimientos con la fuerza de la razón. Entabla un diálogo bastante interesado para someter sus escalofríos, para convencerse de que no tiene sentido sufrir por lo que ha de suceder. Esa palabra da en el clavo: convencimiento. Y es que tal parece que la escritura –la escritura crítica en particular y la ensayística de forma aún más

individual– es un proceso de convencimiento propio. No me parece extraño en absoluto: mientras vagan por nuestra mente, los pensamientos son totalmente abstractos –valga la perogrullada. Nadie acertaría a asirlos ni a encontrar su forma. Pero al ponerlos por escrito, adquieren cuerpo, se cargan de sentido, porque las palabras ya no se usan indistintamente, porque ahora buscan asentar y manifestar algo. Sólo al delinearlas con tinta tenemos enfrente nuestras ideas, y al verlas sobre el papel pareciese que contraemos una obligación: la de actuar conforme a ellas. Echamos al mar las redes y nos sujetamos a su configuración. Así la razón tiende frente al alma los principios mediante los cuales quisiera que el conjunto se guiara. Así se impone un orden –¿qué tiene mayor orden que las palabras escritas?– al sentir del alma –¿qué más caótico que ello? Así yo me convengo a mí mismo de que lo que escribo en este momento es cierto: de que no es posible ser tan frío ante la pérdida de un amigo y, sobre todo, que no es tan fácil aceptar la muerte.

La pregunta, por supuesto, es si el alma queda convencida. O si acaso, cuando mucho, sólo silenciada. —